

EMILY HENRY

LA
NOVELA
DEL
VERANO



Emily Henry

La novela del verano

Traducción de Anna Valor Blanquer



1

LA CASA

Tengo un defecto fatídico.

Me gusta pensar que todos lo tenemos. O, por lo menos, me resulta más fácil escribir si creo a mis protagonistas a partir de ese rasgo de autosabotaje y hago que todo lo que les ocurre gire en torno a esa característica concreta: aquello que aprendieron a hacer para protegerse y que ahora no pueden dejar de hacer, aunque ya no les sirva.

Tal vez, por ejemplo, alguien no pudiera controlar mucho su vida en la infancia. De modo que, para evitar las decepciones, aprendió a no preguntarse nunca qué era lo que quería de verdad. Y eso le funcionó durante mucho tiempo. Pero, ahora que se ha dado cuenta de que no tiene lo que no sabía que quería, va cuesta abajo y sin frenos por la autovía de la crisis de los treinta con una maleta llena de dinero y un hombre llamado Stan encerrado en el maletero.

Puede que su defecto fatídico sea que no pone los intermitentes.

O puede que, como yo, alguien sea un romántico empedernido. No puede parar de contarse una historia, la que trata de su propia vida, rematada por una banda sonora melodramática y la luz dorada que entra por las ventanillas del coche.

Yo empecé a los doce años. Mis padres me sentaron para darme la noticia. Fue la primera vez que le detectaron a mi ma-

dre unas células sospechosas en el pecho izquierdo, y me dijo tantas veces que no me preocupara que pensé que me castigaría si me pillaba preocupándome. Mi madre era una mujer de acción, risueña, optimista, no era de las que se preocupaban, pero vi que estaba aterrada, así que yo me sentí igual, inmovilizada en el sofá, sin saber qué decir para no empeorar las cosas.

Pero, entonces, mi padre, que era un hombre hogareño y amante de los libros, hizo algo inesperado. Se puso de pie, nos cogió de la mano a mi madre y a mí, y dijo:

—¿Sabéis lo que necesitamos para quitarnos este mal cuerpo? ¡Salir a bailar!

En nuestra urbanización no había discotecas ni pubs, solo un asador mediocre en el que tocaba un grupo de versiones los viernes por la noche, pero a mi madre se le iluminó la cara como si la acabaran de invitar a subirse a un *jet* privado para ir al Copacabana.

Se puso el vestido amarillo mantequilla y unos pendientes de metal martillado que refulgían cuando se movía. Mi padre pidió un whisky escocés de veinte años para ellos y un Shirley Temple para mí, y los tres dimos vueltas y nos bamboleamos hasta marearnos, riendo y tropezando con todo. Reímos hasta no poder casi mantenernos en pie, y mi padre, al que todo el mundo conocía como un hombre reservado, cantó *Brown Eyed Girl* como si no nos estuviera mirando toda la sala.

Cuando la fiesta terminó nos apiñamos agotados en el coche y volvimos a casa por calles tranquilas. Mamá y papá iban cogidos de la mano, aferrándose el uno al otro. Yo apoyé la cabeza en la ventanilla del coche y, viendo cómo pasaban parpadeando las luces de las farolas por el cristal, pensé: «Todo irá bien. Siempre estaremos bien».

Fue entonces cuando me di cuenta: cuando el mundo parecía oscuro y aterrador, el amor podía hacerte salir a bailar, la

risa podía llevarse una parte del dolor, y la belleza podía erosionar el miedo. En aquel momento decidí que mi vida estaría llena de esas tres cosas. No solo por mi bien, sino por el de mi madre y el del resto de las personas que me rodeaban.

Habría intención. Habría belleza. Habría luz de velas y canciones de Fleetwood Mac sonando de fondo.

Es decir, empecé a contarme a mí misma una bonita historia sobre mi vida, sobre el destino y sobre la forma en la que suceden las cosas. Y, a los veintiocho, mi historia era perfecta.

Tenía unos padres perfectos (sin cáncer) que me llamaban varias veces por semana, alegres por el vino o por la compañía del otro; un novio perfecto (políglota y que medía uno noventa) que trabajaba en urgencias y sabía cocinar *coq au vin*; un piso perfecto, bohemio pero *chic*, en Queens, Nueva York; un trabajo perfecto escribiendo novelas románticas —inspiradas por los padres perfectos y el novio perfecto— para Sandy Lowe Books.

Una vida perfecta.

Pero solo era algo que yo me contaba y, cuando surgió un gran fallo argumental, todo se vino abajo. Así funcionan las historias.

Ahora, a los veintinueve, estaba abatida, sin blanca, medio en la calle, solterísima y aparcando delante de una casa a la orilla de un lago cuya existencia me provocaba náuseas. Romantizar mi vida a lo grande ya no me servía, pero mi defecto fatídico seguía de copiloto en mi deslucido Kia Soul, narrando las cosas a medida que ocurrían: «January Andrews miró por la ventanilla el lago turbulento que golpeaba la orilla en el atardecer. Intentó convencerse de que aquel viaje no había sido un error».

Estaba claro que había sido un error, pero no tenía otra opción. Una no puede renunciar al alojamiento gratis cuando está sin blanca.

Aparqué en la calle y levanté la mirada hacia la fachada de

aquella casita del lago sobredimensionada, con sus ventanas centelleantes, el porche de cuento de hadas y los tallos del barrón descuidado que bailaban con la brisa cálida.

Cotejé la dirección del GPS con la que estaba escrita en el llavero. Y sí, era esa.

Me entretuve un momento, como si un asteroide apocalíptico pudiera acabar conmigo antes de que me viera obligada a entrar. Luego respiré hondo, salí del coche y saqué con dificultad del asiento trasero la maleta abarrotada y una caja de cartón llena de botellas de ginebra de las de un litro setenta y cinco.

Me aparté un mechón de pelo oscuro de los ojos para observar las tejas azul aciano y las molduras blancas como la nieve. «Haz como si fuera un Airbnb.»

Al momento, me vino a la cabeza un anuncio imaginario de Airbnb: «Casita con mucho encanto a la orilla del lago. Tres habitaciones y tres baños. Prueba de que tu padre era un cabrón y tu vida ha sido una mentira».

Empecé a subir los escalones que se habían levantado aprovechando la ladera de la colina cubierta de hierba, sintiendo la sangre en los oídos como si fuera a presión por una manguera, y las piernas temblorosas, anticipando el momento en el que se abrirían las puertas del infierno y el suelo cedería bajo mis pies.

«Eso ya ocurrió. El año pasado. Y no te mató, así que esto tampoco.»

En el porche, cada una de las sensaciones de mi cuerpo se agudizó. El cosquilleo en la cara, el nudo en la garganta, la transpiración del cuello. Me apoyé la caja de ginebra en la cadera y metí la llave en la cerradura mientras una parte de mí deseaba que no entrase, que todo aquello resultara ser una broma enrevesada que mi padre había preparado antes de morir.

O, aún mejor, que no estuviera muerto. Que saliera de un

salto de detrás de los arbustos gritando: «¡Has picado! No te habrás creído en serio que tenía una vida secreta, ¿no? ¿De verdad pensabas que tenía otra casa con una mujer que no es tu madre?».

La llave giró sin dificultad. La puerta se abrió hacia dentro. La casa estaba en silencio.

Sentí una puñalada de dolor. El mismo dolor que sentía por lo menos una vez al día desde que mi madre me llamó para decirme lo del ictus y la oí decir aquellas palabras entre lloros: «Se ha muerto, Janie».

No tenía padre. Ni allí ni en ningún sitio. Y luego otro dolor, el que era como si alguien retorciera el cuchillo: «En realidad, el padre al que tú conociste nunca existió».

Nunca lo tuve. Como tampoco tuve nunca a mi ex, Jacques, ni a su *coq au vin*.

Solo era una historia que me había estado contando a mí misma. A partir de ese momento, sería la cruda realidad o nada. Me armé de valor y entré.

Lo primero que pensé fue que la verdad no era tan fea. El nidito de amor de mi padre era diáfano: una sala de estar que desembocaba en una cocina de estilo desenfadado con baldosas azules y un rincón acogedor para desayunar y, justo detrás, una pared acristalada que daba a la terraza con suelo de madera teñida de oscuro.

Si aquella casa hubiera sido de mi madre, todo habría sido de una mezcla de tonos neutros y apaciguadores, pero la sala bohemia en la que acababa de entrar habría encajado más en el piso en el que vivía con Jacques que en casa de mis padres. Sentí que se me revolvía el estómago al imaginar a mi padre allí, entre aquellas cosas que mi madre nunca habría elegido: la mesa de desayuno rústica pintada a mano, las estanterías de madera oscura, el sofá hundido y cubierto de cojines dispares.

No había ni rastro de la versión de él que yo había conocido. Me sonó el móvil en el bolsillo y dejé la caja en la encimera de granito para contestar.

—¿Diga? —La voz me salió débil y áspera.

—¿Cómo es? —dijo enseguida la voz al otro lado del teléfono—. ¿Tiene una mazmorra para hacer guarradas?

—¿Shadi? —adiviné.

Me coloqué el teléfono entre la oreja y el hombro para destapar una de las botellas de ginebra y di un trago para coger fuerzas.

—Me preocupa de verdad que pueda ser la única persona que te llame para preguntártelo —respondió Shadi.

—Eres la única que sabe siquiera de la existencia del nidito de amor —señalé.

—No soy la única que lo sabe —me discutió ella.

Técnicamente tenía razón. Aunque yo me había enterado de que mi padre tenía una casa secreta en el lago en su funeral el año anterior, mi madre lo sabía desde hacía más tiempo.

—Vale —repuse—, eres la única a quien le he hablado de ella. Bueno, dame un momento, que acabo de llegar.

—¿Ahora mismo?

Shadi respiraba con fuerza, lo cual quería decir que iba de camino al restaurante a trabajar. Como teníamos horarios tan diferentes, la mayoría de nuestras conversaciones telefónicas tenían lugar mientras ella iba al trabajo.

—Es una forma de hablar —dije—. Llevo aquí diez minutos, pero ahora acabo de sentir que he llegado.

—Sabias palabras —indicó Shadi—, muy profundas.

—Chiss. Lo estoy asimilando.

—¡Busca la mazmorra de las guarradas! —exclamó Shadi deprisa, como si fuera a colgarle.

No pensaba hacerlo. Simplemente estaba allí, con el teléfono en la oreja, aguantando la respiración e intentando que el cora-

zón acelerado no se me saliera del pecho mientras examinaba con la mirada la segunda vida de mi padre.

Y, entonces, justo cuando estaba a punto de convencerme de que era imposible que mi padre hubiera estado allí, reparé en algo enmarcado en la pared. Un recorte de la lista de bestsellers de *The New York Times* de hacía tres años, el mismo que había colocado sobre la chimenea de casa. Ahí estaba yo, en el número quince, en el último puesto. Y ahí, tres puestos más arriba —por un retorcido capricho del destino—, estaba mi rival de la universidad, Gus (aunque ahora se hacía llamar Augustus, porque era un Hombre Serio), y su primera y sesuda novela, *Las revelaciones*. Se había mantenido en la lista cinco semanas (aunque tampoco es que me fijara demasiado; bueno sí, sí que me fijé, y mucho).

—¿Qué? —me apremió Shadi—. ¿Qué te parece?

Yo me di la vuelta y me quedé mirando el tapiz de un mandala que había colgado encima del sofá.

—Hace que me pregunte si mi padre fumaba maría.

Me volví hacia las ventanas del lado de la casa, que estaban alineadas casi a la perfección con las de los vecinos, un fallo de diseño que mi madre nunca habría pasado por alto al ir a visitar la casa para comprarla.

Pero aquella no era su casa y yo no podía tener mejores vistas de las estanterías que cubrían de arriba abajo las paredes del despacho del vecino.

—¡Ay, madre, a ver si no es un nidito de amor y usaba la casa para plantar hierba! —Shadi parecía encantada—. Tendrías que haber leído la carta, January. Todo ha sido un malentendido. Tu padre te está dejando el negocio familiar. Esa Mujer es su socia, no su amante.

¿Sería muy horrible desear que tuviera razón?

Fuera como fuese, tenía toda la intención de leer la carta. Solo había estado esperando el momento adecuado, deseando

que se aplacara la rabia que tenía y que aquellas últimas palabras de mi padre fueran reconfortantes. Sin embargo, había pasado un año entero y el terror que sentía al pensar en abrir el sobre iba creciendo día a día. Era tan injusto que él pudiera tener la última palabra y yo no tuviera forma de contestarle. De gritar o llorar o pedirle más respuestas. Una vez que lo hubiera abierto, no podría volver atrás. Eso sería todo. El último adiós.

Así que, hasta nuevo aviso, la carta vivía feliz (aunque solitaria) en el fondo de la caja de ginebra que me había traído de Queens.

—No la usaba para plantar hierba —informé a Shadi y abrí la puerta corredera para salir a la terraza—. A no ser que la plantación esté en el sótano.

—Imposible —respondió—. Ahí está la mazmorra.

—Dejemos de hablar de lo triste que es mi vida —dije—. ¿Qué me cuentas tú?

—¿Del Sombrero Encantado? —dijo Shadi.

Si no compartiera un piso minúsculo con cuatro personas en Chicago, tal vez yo me habría quedado en su casa. Aunque no era capaz de trabajar demasiado cuando estaba con Shadi y mi situación económica era demasiado nefasta para no trabajar. Tenía que terminar mi próximo libro en aquel infierno de casa en el que no tenía que pagar alquiler. Y, entonces, tal vez, podría permitirme pagar un piso sin Jacques.

—Si de lo que quieres hablar es del Sombrero Encantado —le dije—, pues sí. Suéltalo todo.

—Todavía no me ha hablado —repuso Shadi con un susurro melancólico—, pero es como que noto que me mira cuando estamos en la cocina. Tenemos una conexión.

—¿No te preocupa que la conexión no sea con el tío que lleva un sombrero *vine* de ala estrecha, sino, tal vez, con el fantasma del primer dueño del sombrero? ¿Qué harías si te dieras cuenta de que te has enamorado de un fantasma?

—Pues... —dijo Shadi, y se quedó pensando un momento—. Supongo que tendría que actualizar la bio de Tinder.

Llegó una brisa desde el agua que había al pie de la colina y me esparció las ondas de color castaño del cabello por los hombros. El sol del atardecer proyectó rayos dorados sobre todas las cosas que veía, tan brillantes y cálidos que tuve que entrecerrar los ojos para observar los tintes anaranjados y amarillos con los que pintaba la playa. Si aquella fuera solo una casa que había alquilado, sería el lugar perfecto para escribir la historia de amor cuqui que llevaba meses prometiéndole a Sandy Lowe Books.

Me di cuenta de que Shadi había estado hablando. Me estaba contando más cosas sobre el Sombrero Encantado. Se llamaba Ricky, pero nunca lo llamábamos así. Siempre hablábamos de la vida amorosa de Shadi en clave. Estaba el hombre algo mayor que regentaba aquella marisquería fantástica (el Señor de los Peces), también había un tío al que llamábamos Mark porque se parecía a otro Mark famoso, y ahora estaba este compañero de trabajo nuevo, un camarero que llevaba todos los días un sombrero que Shadi detestaba y al que, sin embargo, no se podía resistir.

Volví a prestarle atención a la conversación cuando Shadi decía:

—... el finde del Cuatro de Julio. ¿Puedo ir a visitarte ese finde?

—Para eso queda más de un mes.

Quería decirle que, para entonces, ni siquiera estaría allí, pero sabía que no era cierto. Me llevaría por lo menos todo el verano escribir un libro, vaciar la casa y vender las dos cosas para poder volver a vivir con cierta comodidad (o eso esperaba). No en Nueva York, tal vez en un lugar un poco menos caro.

Suponía que Duluth, al noroeste de Minnesota, sería asequible. Mi madre nunca iría allí a visitarme, pero, de todas formas, no nos habíamos visto mucho ese último año, aparte de la visita de tres días que le había hecho por Navidad. Me había llevado a

rastras a cuatro clases de yoga, a tres bares atestados en los que preparaban zumos y a una representación de *El cascanueces* con un chaval desconocido en el papel protagonista, como si, por quedarnos solas un segundo, mi padre fuera a salir a colación y fuéramos a arder por combustión espontánea.

Toda mi vida, mis amigas habían estado celosas de la relación que tenía con ella, de lo a menudo que hablábamos, de la sinceridad con la que lo hacíamos (o eso creía yo) y de lo bien que lo pasábamos. Y, ahora, nuestra relación era la partida menos competitiva del mundo de pillapilla telefónico.

Yo había pasado de tener dos padres que me querían y un novio con el que vivía a, básicamente, tener solo a Shadi, mi mejor amiga a (larga) distancia. Lo único bueno de mudarme de Nueva York a North Bear Shores, Michigan, era que estaba más cerca de Chicago y de su casa.

—Queda demasiado para el Cuatro de Julio —me quejé—. Estás solo a tres horas de aquí.

—Ya, y no sé conducir.

—Entonces lo mejor será que devuelvas el carné —respondí.

—Créeme, estoy esperando a que caduque. Me sentiré muy libre. No aguanto que la gente crea que sé conducir por el mero hecho de que, legalmente, pueda hacerlo. —A Shadi se le daba fatal conducir. Gritaba cada vez que giraba a la izquierda—. Además, ya sabes lo mal que está lo de cambiar turnos en hostelería. Tengo suerte de que mi jefe me haya dejado cogerme el Cuatro de Julio. No me extrañaría que ahora esperase una mamada.

—Ni hablar, las mamadas son para las fiestas importantes. Por darte fiesta el Cuatro de Julio basta con una paja con los pies de las de toda la vida.

Tomé otro trago de ginebra, me di la vuelta donde acababa la terraza de madera y casi suelto un grito. En la terraza que había tres metros a la derecha de la mía, asomaba por encima

del respaldo de una tumbona la parte de atrás de una cabeza de pelo castaño y rizado. Recé para mis adentros porque aquel hombre estuviera dormido y por no tener que pasarme todo el verano viviendo al lado de alguien que me había oído gritar «una paja con los pies de las de toda la vida».

Como si me hubiera leído la mente, se incorporó y cogió la botella de cerveza de la mesa de jardín, dio un trago y se volvió a recostar.

—Tienes toda la razón. Ni siquiera tendré que quitarme los Crocs —me dijo Shadi—. Bueno, acabo de llegar al trabajo, pero mantenme informada de si lo del sótano son drogas o látigos.

Le di la espalda a la terraza del vecino.

—No voy a comprobarlo hasta que vengas a verme.

—Qué mala —dijo Shadi.

—Así tendrás que venir —respondí—. Te quiero. Adiós.

—Y yo a ti más —insistió ella antes de colgar—. Adiós.

Me volví hacia la cabeza rizada, medio esperando a que me saludara él, medio debatiendo si la que debía presentarse era yo.

No conocía bien a ninguno de mis vecinos de Nueva York, pero aquello era Michigan y, por las historias que contaba mi padre de haberse criado en North Bear Shores, estaba segura de que, en algún momento, ese hombre vendría a pedirme azúcar (nota: comprar azúcar).

Carraspeé y meforcé a dibujar mi mejor intento de sonrisa amable. El hombre volvió a incorporarse para dar otro trago a la cerveza y yo grité desde mi terraza:

—¡Perdón por molestar!

Él hizo un gesto vago con la mano y pasó la página del libro que tenía sobre el regazo.

—¿A quién pueden molestarle las pajas con los pies como moneda de cambio? —dijo arrastrando las palabras, con una voz ronca y aburrida.

Yo hice una mueca mientras buscaba una respuesta... La que fuera. La antigua January habría sabido qué decir, pero yo tenía la mente tan en blanco como cuando abría el Word para escribir.

Vale, tal vez me había vuelto un poco ermitaña ese último año. Tal vez no sabía muy bien qué había hecho todo ese año, porque no había sido ni visitar a mi madre ni escribir ni tampoco ganarme a los vecinos.

—Bueno —grité—, ahora vivo aquí.

Como si me hubiera leído el pensamiento, volvió a agitar la mano con desinterés y refunfuñó:

—Avísame si necesitas azúcar.

Pero consiguió que sonara más bien a «No me hables nunca más a no ser que veas que mi casa está en llamas e, incluso entonces, primero párate a escuchar si oyes sirenas».

Pues igual los del Medio Oeste no eran tan hospitalarios como decían. Por lo menos en Nueva York, nuestras vecinas nos trajeron galletas cuando nos mudamos allí. (Eran de las que no llevan gluten, pero sí LSD espolvoreado por encima, pero la intención es lo que cuenta.)

—O si quieres saber dónde encontrar el Leroy Fetich más cercano —añadió el Gruñón.

Sentí el calor de una ola de vergüenza y rabia subiéndome a las mejillas. Las palabras me salieron antes de que tuviera tiempo de pensar:

—Solo tengo que esperar a que te subas al coche y seguirte. —Él soltó una carcajada áspera de sorpresa, pero siguió sin dignarse a mirarme—. Encantadísima de conocerte —añadí con rabia, y me di la vuelta para entrar deprisa por las puertas correderas acristaladas y volver a la seguridad de la casa, donde era muy probable que tuviera que esconderme todo el verano.

—Mentirosa —oí que murmuraba antes de que yo cerrara la puerta.